

J. Cercas o el Tratante de verdades

Ricard Vinyes¹

A lo largo de la primavera de 2005 cundió la noticia que el presidente de la Amical de Mauthausen, al parecer un ex deportado del Campo de concentración de Flossenbürg, con buena proyección mediática y una importante actividad pedagógica, jamás había sido internado en un campo nazi. Se llamaba (aún se llama) Enric Marco Batlle y durante los meses de abril y siguientes su biografía estuvo sometida a examen por todo tipo de miradas y calidades analíticas porque el asunto, aunque no insólito, tenía consecuencias éticas notables, interrogaba la pereza crónica de buena parte del periodismo documental y apremiaba las humanidades a dar una vuelta más a la indagación crítica sobre la institución del testimonio, que ha tomado importancia en la cultura política contemporánea, y que es nuclear en el estudio de la memoria de los traumas políticos, algo que los textos de Giorgio Agamben (1998) y Beatriz Sarlo (precisamente en aquel 2005), o la obra de Sebald –de *Los emigrados* (1992) a *Austerlitz* (2001), pasando por *Historia Natural de la destrucción* (1999)– han tratado con excelencia.

Apenas diez años después, tras un documental cinematográfico (2009) sobre Marco Batlle realizado por L. Vermal y S. Filloi con proposiciones universales de interés, y una novela de Maria Barbal (febrero de 2014) que no he tenido oportunidad aún de leer, apareció en noviembre pasado un nuevo libro sobre el tema –en realidad es una biografía sobre Marco– titulado *El impostor* y firmada por Javier Cercas. Un texto que aparece como una ocasión perdida por la ausencia de ingenio, de literatura y de historia, que son substituidos por un impresionante Himalaya de chismes que llenan páginas y páginas repitiendo la misma anécdota, la misma circunstancia, el mismo evento, el mismo escándalo, como un tratante de feria que muestra del derecho y del revés su producto y lo disfraza porque no tiene nada más que ofrecer aunque aparenta mucho. Me sorprendió comprobar que en realidad lo importante del libro de

¹ Professor catedràtic d'universitat, Dept Història Contemporània, Universitat de Barcelona.

Cercas no es Marco y su engaño, sino el autor del libro, Cercas mismo, lo que no deja de ser notable.

Parece que necesita contarnos lo inquieto que está por la historia de nuestro maltrecho país, por el engaño al que los ciudadanos se han sometido ellos mismos, de mutuo acuerdo, inventándose su pasado, y nos cuenta su propia necesidad de acudir al psicoanalista porque está deshecho e inquieto, nos cuenta el amparo que ha tenido de familiares, amigos y conocidos, nos cuenta lo que piensa de sí mismo sin cesar, aunque con el debido respeto y sin desdén alguno me atrevería a decir que nadie tiene mucho interés en si se tumba o no en el diván o si sus próximos le quieren. Pero cuenta todo eso, dice, por imperativo de un premio Nobel, Vargas Llosa, que un día (cenando, creo que fue) le dijo: muchacho, tienes que escribir sobre eso; y según cuenta Cercas ha cumplido el mandato: se ha sacrificado (lo dice él) y ha escrito. Sí, no hay duda que es un libro sobre sí mismo (tal vez el único tema que conoce y le preocupa), al fin y al cabo lo que cuenta de Marco en grandes líneas ya era conocido, el resto son curiosidades y rarezas sin aporte de luz sobre el testimonio y su relación con la sociedad, uno de los posibles temas de fondo; cuando me refería a la ausencia de talento, me refería a esa actitud y a ese proceder de un autor que no inventa pero que tampoco refleja; tan solo es capaz de retocar, adaptar y contar lances, que son organizados y debidamente adaptados a la tesis previamente construida. Primero el discurso, luego el entorno de datos y comentarios que lo arropan, aunque no lo argumenten. La obsesión ridícula de comprobar qué es verdad y qué no (y mejor si es que no), en lugar de preguntarse por el fenómeno que tal vez subyace en actos y actitudes. Por ejemplo, decir que la vivencia de lo que Marco contó el 27 de enero de 2005 en el Congreso, reunido por primera vez para conmemorar el fin de Auschwitz, era una vivencia falsa, mentirosa, no tiene nada de trascendente ni de aporte, es sencillamente obvio; lo importante históricamente es averiguar y comprender por qué era la primera vez que para esa conmemoración se reunía el Congreso. Cuando me refería antes a la ausencia de Historia me refería a esa actitud y a ese hacer, no a la verdad o mentira.

Sorprende en ese libro tanta frase hecha, entre las que destaca la reiteración de la expresión: «la llamada memoria histórica», estéticamente horrenda y sin contenido, pero fórmula tan repetida por el autor que bien podría constituir un delito (¿no podría decir simplemente «memoria histórica»?). O «los estertores del franquismo», los «atisbos de libertad», los «retoños de la burguesía», o...un sin fin de ordinarieces. Aunque nada supera las comparaciones entre Marco y don Quijote, páginas y páginas, palabras y palabras, tedio y bostezo. Cuando me refería a que no hay literatura me refería a eso. Con veinte páginas, el libro, lo que dice, tiene suficiente espacio. En fin, si la claridad acostumbra a ser la cortesía de la inteligencia (Ortega dixit), el lío narrativo del libro hace pensar que algo serio le sucede o a la cortesía o a la inteligencia.

Por lo demás, el eslogan central reiterado: «cuarenta años de una dictadura a la que casi nadie había dicho No y casi todos habían dicho Sí» (p. 194-195), constituye un modelo estupendo para contar qué es un sofisma, aunque no sabría decir si en este caso el artificio liante es por ignorancia, por descuido, o por contribución consciente al vacío ético proporcionado por el Estado y que tan bien escenificó el ministro José Bono cuando hizo desfilar en 2004, junto a las Fuerzas Armadas, a un falangista que había combatido bajo banderas hitlerianas y a un antiguo partisano que las había combatido. Tal vez Cercas se inspiró en eso, no sé. Todos son impostores, todos son iguales, abracémonos todos en el relato final. El resultado ha sido el vacío ético que el libro vocea. «Casi Nadie había dicho No» ¿Acaso el autor tiene como paradigma de rebelión el pueblo permanentemente en armas y en pie? ¿De veras? ¿Su modelo de dignidad política es el Ulster de antaño? No sé, pero es una lástima que para resolver cualquier situación hable tanto de sí mismo, se cite tanto a sí mismo *in extenso*. En cualquier caso el autor no toma la posición del biógrafo, sino la que es propia del abogado de la acusación, cuyo objetivo no es ni mucho menos la verdad, –ni la veracidad–, sino ganar el caso, una mercancía; sin ir más lejos un buen negocio a costa de la ética.